



Epidemia, imágenes y metáforas

Antonio Saborit

VENTANA ABIERTA A LA PALABRA

CUADERNOS
DEL GRIJALVA

7



ESTO

NOVA

SACIA

ESGRO

SALIA

ESTO





Epidemia, imágenes y metáforas

Antonio Saborit



TABASCO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Epidemia, imágenes y metáforas

7

VENTANA ABIERTA A LA PALABRA

CUADERNOS
DEL GRIJALVA



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

Primera edición: 2020

© Antonio Saborit

© Ilustración de portada: *La peste de 1348 en Florencia*. Giuseppe Volpini. Grabado a partir del óleo de Luigi Sabatelli (1772-1850) inspirado en la descripción de Bocaccio (1313-1375). *L'Illustrazione Italiana*, Diciembre 2, 1877.

© 2020, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8735-43-3

Impreso en Villahermosa, México - *Printed in Villahermosa, Mexico*

Epidemia, imágenes y metáforas

Antonio Saborit



Foto: Manuel Álvarez Bravo (1902-2002)
Trabajadores del fuego, 1935
Plata sobre gelatina

LA FOTO SE TITULA *Trabajadores del fuego*. Eso son, en realidad, las dos hieráticas figuras en sus tiasas indumentarias. En 1935 el fotógrafo Manuel Álvarez Bravo seguía usando la literalidad del título para hacerla reventar contra la foto y sugerir un camino distinto a la mirada, tal vez no tomado hasta entonces. La imagen de estas dos personas, por las formas de sus máscaras y trajes protectores, como desgajados de un agudo y efímero momento dadá, viene a la memoria cada vez que en estos meses pienso en pandemia.

La pandemia de la llamada Influenza Española, cuya repentina y trágica estancia entre 1918 y 1920 se empezó a mencionar al inicio de la primavera del 2020, llegó a tender su sombra muy cerca de los trabajadores del fuego de Manuel Álvarez Bravo. En las páginas de Pueblo en vilo, Luis González y González escribió que la influenza se ensañó con la juventud. “Se amanecía con dolor de cabeza, venían la fiebre y las hemorragias, y había que cuidarse unos seis días porque si se levantaba antes de tiempo, recaía con neumonía, y de la recaída nadie se salvaba”. En 1927, uno de los primeros estudiosos de la influenza, citado por González, compulsó cifras como estas: en España perdieron la vida 170 mil; en Inglaterra, 200 mil; en Alemania, 225 mil; en Francia, 240 mil; en Japón, 250 mil; en Italia, 390 mil; en Rusia, 450 mil; en México, medio millón; en Estados Unidos, 550 mil; en las colonias holandesas del suroeste de Asia, 750 mil, y en India ocho millones y medio. A consecuencia de la influenza de 1918 murieron 21 624 283 personas en el mundo, según Edwin Oakes Jordan.¹ Estudios

1 Luis González y González, *Obras completas XI. Pueblo en vilo*, México, Clío / El Colegio Nacional, 1999, p. 172. González remite a las cifras de Edwin Oakes Jordan en su estudio: *Epidemic Influenza: A Survey*, Chicago, American Medical Association, 1927.

posteriores distinguieron, por una parte, las tres diferentes oleadas por las que la influenza dio vuelta al planeta. La primera empezó durante la primavera y el verano en el hemisferio norte en 1918, la segunda se consumió durante el otoño y la tercera a principios de 1920. Por otra parte, nuevas investigaciones identificaron en la estadística conocida problemas derivados de la carencia de registros, del extravío de información, de diagnósticos errados y de la falta de certificación médica, todo lo cual derivó en el ajuste de los números en el sondeo de Jordan hasta llegar a los 50 millones, con la posibilidad de crecer esta cifra al doble.² Del episodio existen más imágenes que documentos, no solo a juicio de quienes abrevan en las fuentes numéricas del episodio, sino a juzgar de las decenas de miles de imágenes en blanco y negro, semejantes en su tono a la de Manuel Álvarez Bravo, sacadas de los acervos en línea de las fototecas y bibliotecas públicas antes que de las propias páginas de la prensa y de las revistas ilustradas, y las cuales invaden desde hace tiempo la esfera pública.



Foto: Edward H. Davis (1862-1951)

Empleado de salud con un aspersor de líquido ascéptico para empleo en autobuses.
Marzo de 1920

2 Niall P. A. S. Johnson y Jurgen Mueller, “Updating Accounts: Global Mortality of the 1918-1920 ‘Spanish’ Influenza Pandemic”, *Bulletin of the History of Medicine*, volumen LXXVI, número 1, primavera de 2002, Johns Hopkins University Press, pp. 105-115.

JUNTO CON LAS FOTOS en blanco y negro, aparecieron o reaparecieron numerosas historias relativas a la primera pandemia del siglo XX. Por ejemplo: La Influenza Española se extendió entre las divisiones y líneas de abasto el ejército alemán en el momento en el que este preparaba su mayor ofensiva contra Francia. En cosa de semanas los soldados que por algún motivo lograron librar el contagio, enfrentaron al hambre. La superioridad numérica alemana y su presunta fortaleza física se vieron a tal grado mermadas que se impuso la negociación del armisticio que puso fin a la guerra el 11 de noviembre de 1918.³ Por ejemplo: la muerte del poeta Guillaume Apollinaire, ocurrida dos días antes del referido armisticio, mereció una íntima ceremonia luctuosa en un bar de la ciudad de México, presidida por Alberto Apollinaire, su hermano, y el escritor José María González de Mendoza. En México desde 1913, Alberto fue el centro de dos poemas que publicó Guillaume en la revista *Les Soirées de Paris* a mediados de 1914, semanas antes del asesinato del archiduque Francisco Fernando el 28 de junio en la ciudad de Sarajevo. El hecho quedó consignado en *El Universal Ilustrado*, en cuyas páginas colaboraba El Abate de Mendoza, y ahí mismo se hizo referencia al poema titulado “Carta Océano”, escrito en clave caligráfica. La salud del poeta Apollinaire ya tenía un tiempo bastante comprometida debido al impacto de una esquirla que lo alejó del frente de batalla. Su muerte la lloraron los suyos en un París somnoliento y aterrado, pero en cierto modo no sorprendió a nadie. De la muerte de Alberto, en cambio, ocurrida en 1919, nadie leyó una línea ágata. ¿Seguiría trabajando para Correos de México? ¿Será cierto que pasó por tan moderna y férrea oficina? Los estados improvisaron amplios pabellones con decenas de camas para atender los cuerpos que todos los días anclaba la Influenza Española, aunque la mayor parte de las bajas sucedían siempre al aire libre, en el campo o en la ciudad, sin que el afectado se llegara a enterar. Al dar contra el suelo sus huesos ya no eran de su propiedad, entraban al dominio del sueño en medio del silencio de las aves y el pasmo de las voces. Algo de esto intentó recuperar John O’Hara en

3 Seth Berkley, “A century ago the Spanish flu killed millions. A similar pandemic today could be even more deadly”, *The Spectator*, 15 de enero de 2018, Londres.

un cuento que tituló “El hijo del doctor”, donde además registró el escepticismo con el que las personas, sin importar ni su origen ni su condición social, se relacionaban día a día con las noticias de la pandemia. Una vez que concluya el viaje de la obra narrativa de O’Hara por la cara oculta de la luna se atenderán nuevamente sus testimonios del instante sobre el instante, pero por el momento solo es posible remitirnos a unas cuantas imágenes desde las que nos miran grupos de mujeres y hombres con medio rostro cubierto por un pedazo de tela.



Foto: Raymond Coyne (m. 1978)

Grupo de espectadores de la carrera anual a campo traviesa Dipsea. Del cuello de una de las mujeres cuelga una pancarta con la leyenda “USE MASCARILLA o vaya a la cárcel”.

Locust Avenue, Los Angeles, California, Junio 13, 1920

Mill Valley Public Library

LA ATMÓSFERA SE LLENA de una lengua ominosa. Y sin embargo, la peste habla cuando nadie está para escuchar.

AÑOS ANTES DEL BROTE de la Influenza Española en México, las noches en el llamado barrio de Don Toribio de la capital, estaban reservadas al desfile de camillas, custodios y enfermeros con las víctimas del tifo provenientes de las entrañas de Belem, su cárcel municipal. Testigo de estas recurrentes y discretas rondas nocturnas, primero, y más adelante reo en esta misma prisión, Carlos Toro consigna la imagen anterior y describe detalladamente el avance del tifo entre las formas del cuerpo en la novela de su vida como perseguido, *Los horrores del presidio*. Siendo el tifo endémico, el preso que ingresa a Belem es rapado a costa del erario: se le forma en la fila con los demás presos y se le obliga a que se arrodille e incline la cabeza. “Entonces un peluquero, armado de una mohosa y crujiente máquina de cortar el pelo, se acerca al grupo y de dos pasadas a cada uno tunde a los desventurados, dejándoles las cabezas como campos mal segados, mostrando aquí la blancura del cráneo o enseñando allá erectos mechones, que semejan cola de gallo o petulantes rabitos de ratón”. De nada vale. El mal da inicio como una suerte de extroversión, apunta Toro. “Un día nota uno que el vecino de *cantón* amanece locuaz e irritable; el rostro congestionado y cárdeno, los ojos brillantes, la voz cambiada. Inquieto, vivaz, agresivo, toma parte en todas las discusiones, inicia contiendas, desafía las iras de los capataces y va de una parte a otra como si en ninguna encontrara reposo”. A esta etapa de excitación la sucede de manera brusca una “sedación casi cercana al coma, que derriba al atacado en su cama, de la cual ya no se vuelve a levantar sino para ser enviado al hospital”. Tras el diagnóstico del médico de la cárcel, un capataz registra de inmediato el nombre y los datos generales del enfermo en lo que aparece la herramienta que ha mandado traer: la camilla, “a bordo de la cual desaparece el compañero de presidio, a quien desde ese momento, todos los demás dan por muerto, saludándole como a un verdadero resucitado cuando por azar regresa”.⁴ Al humor ominoso de la atmósfera en las bartolinas, la galera y el patio de la cárcel de Belem se atribuyen centenares de muertes entre los reos, entre ellas las del caricaturista Jesús Martí-

4 Carlos Toro. *Horrores del presidio. (La cárcel de Belén). Novela de un perseguido*, México, México Gráfico, 1932.

nez Carrión y la del propio Toro en los primeros años del siglo XX. Y la del tifo era una de las epidemias recurrentes que, en número de cuatro o cinco o más, asediaban la vida en ciudades y puertos.



Foto: Ismael Víctor Casasola
Niños en la correccional, ca. 1928
Plata sobre gelatina
Colección Archivo Casasola
Fototeca Nacional, INAH

HORRIBLE EPIDEMIA fue el título que sirvió de presentación a unos párrafos que se leyeron por primera vez en el tomo correspondiente a 1840 de la revista *El Mosaico Mexicano*. Versan sobre la epidemia de matlazáhuatl que asoló a la Nueva España poco más de cien años antes y Carlos María de Bustamante, los entregó al Mosaico extractándolos del manuscrito de Francisco Javier Alegre sobre la *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*. Los párrafos pertenecen al capítulo XVIII del Libro Décimo de la historia de Alegre, la cual termina en 1763 y ocupa varios tomos en la edición de Bustamante (J. M. Lara, 1842).

Alegre tenía ocho cuando el matlazáhuatl volvió a hacer de las suyas en la Nueva España y acabó con cuarenta mil almas solo en la ciudad de México –según el cálculo moderado del jesuita–. Como Daniel Defoe en su memoria apócrifa de la peste que en 1665 se llevó una cuarta parte de la población de Londres en 1665, Alegre echó mano de la investigación en fuentes primarias y secundarias para reconstruir el halo de las epidemias que impregnan las páginas de su *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, y para dejar registro de este episodio, como Defoe otra vez, se sirvió de la literatura, el más asombroso recurso tecnológico que los humanos crearon desde hace siglos para apresar la experiencia, como dice Stephen Greenblatt.⁵ “Por el mes de agosto de 1737”, escribe Alegre, “se empezó a sentir en un obraje, en el pueblo de indios de Mixcoac, de la jurisdicción de Tacuba, población cercana a México, de donde pasó a esta ciudad a fines de noviembre”. Tal vez por el matlazáhuatl, o mejor dicho, por el hecho de haber sobrevivido a su inesperada visita, el maestro Miguel Prieto encargó una representación pictórica del triunfo de la vida en el interior de su obraje al pintor Carlos López.



Carlos López

Interior de un obraje con la presencia protectora del Espíritu Santo y el Arcángel San Miguel

Óleo sobre tela, 1740

Museo Soumaya, Fundación Carlos Slim

Ciudad de México.

5 M. H. Abrams y Stephen Grenblatt, “Dialogue. Built to Last”, *The New York Times*, 23 de agosto de 2012. La frase completa dice: “Literature is the most astonishing technological means that humans have created, and now practiced for thousands of years, to capture experience”.

ESTO DICE LA *HISTORIA de la Compañía de Jesús en Nueva España* de Francisco Javier Alegre.

A juicio de los inteligentes, era la misma especie de enfermedad que luego, recién llegada la Compañía a Nueva España, por los años de 1575 y 76, había assolado estos reinos. Un vehemente frío y temblor en todo el cuerpo, un fuerte dolor de cabeza y de estómago, una calentura ardiente y un flujo de sangre por las narices, que era el término de la vida.

Los indios fueron la primera y cuasi la única víctima. Su poca cautela, su pobreza, su desabrigo, los exponían, más abiertamente, a los insultos de la epidemia, que ya, a fines de diciembre, había tomado un gran cuerpo.

Habían precedido no pocas señales que tenían no poco consternados los ánimos. Temblor de tierra, el día 7 de septiembre de 1736, eclipse de luna, en la conjunción del mismo mes y, luego, más horrible, de sol, a primero de febrero de 1737; extraordinarias lluvias, a fines del otoño; muchas y muy frecuentes exhalaciones nocturnas, huracanes fuertísimos, por el mes de diciembre; y tal cual singular aspecto de estrellas, que no faltó profesor de astronomía que juzgase ser cometa.

Sin embargo, no se tomaba aun de la ciudad providencia alguna, hasta que la frecuencia de viáticos y de entierros, la falta de los operarios en las fábricas y de los indios en todos los diversos ministerios que, por la mayor parte, ellos solos ejercitan en la ciudad; hizo conocer el estrago. A estas primeras noticias, el señor arzobispo virrey don Juan Antonio Vizarrón, consultado el real Protomedicato, proveyó, por su decreto de 2 de enero, que se señalasen (como efectivamente se ejecutó) cuatro médicos y seis boticas en que se diese a los pobres gratuitamente, a costa de su Ilustrísima, lo que necesitasen para su curación; cuyo costo, solo en cinco meses, montó a 35,372 pesos; caridad, que, sola, bastaría a inmortalizar el nombre de este pastor y padre de la república.

Esta providencia hubo de reformarse a fines de mayo, por no parecer ya tan necesaria y, más aún, porque se creyó ser la causa de difundirse más el contagio, no recogiendo, por este motivo, los enfermos a hospitales, de los muchos que hay, y había, por entonces, muchos más en la ciudad. Nueve para diversos géneros de enfermedades se cuentan en México; pero, no bastando todos para la única que entonces assolaba la ciudad, se añadieron otros seis; en que quiso el Señor servirse particularmente del celo, fervor y actividad del Padre Juan Martínez, solícito operario del colegio máximo de San Pedro y San Pablo. Consiguó,

primeramente, del señor Arzobispo dos mil pesos, en reales, que se repartiesen a los pobres, por medio de los Padres del colegio máximo; pero, como de esta limosna viese que la mayor parte cedía más en alivio de la pobreza que de la enfermedad, determinó pedir limosna, cuasi de puerta en puerta, para erigir en hospitales algunas casas en los barrios más apartados, donde era mayor el desamparo y la necesidad de los enfermos.

Cooperó Dios a sus caritativos designios con tanta abundancia, que un pobre jesuita, sin más caudal que su misericordia, levantó tres hospitales, uno, junto a la parroquia de San Sebastián 8, otro, en el Hornillo 9, que corrían enteramente por su cuenta; y el tercero, en el barrio de Santa Catalina, Mártir 10, en que tuvo mucha parte don Vicente Rebechi a quien pidió el Padre la que tenía destinada para plaza de gallos. El caritativo caballero no sólo la ofreció gustosamente, sino también lo necesario para medicinas, abrigo y sustento de los enfermos, y aun su misma persona para la asistencia y curación de ellos.

En estos tres hospitales, empleó el Padre Juan Martínez muchos miles; que, con increíble liberalidad, le subministraban el señor Arzobispo, la nobilísima ciudad, el consulado y muchas piadosas personas, en que tenía no poca parte el colegio de México, tanto en reales, como en pan, carne, frezadas y otros alivios de la común necesidad.

Al cuidado de lo temporal, añadía el Padre el más importante de las almas; bien que, en esto, no le cedía algún otro de sus Hermanos. Todos los sacerdotes de los cuatro colegios de México corrían, incessantemente, las calles, acompañados de innumerable tropa de los que llamaban para confesiones, entre las bendiciones de los desvalidos y de todos los vecinos, encantados de ver un ejemplo de tanta caridad. Los más no volvían, en todo el día, al colegio o solo era para tomar un breve alimento. El Padre Provincial era el primero. No había hora tan incómoda, lugar tan distante, pieza tan hedionda, enfermo tan asqueroso; no había ocupación que los apartase de estos oficios de amor para con sus afligidos prójimos.

Fuera de los tres hospitales, en que llevaban solos todo el peso, asistían, igualmente, en todos los demás de la ciudad, en todos los barrios, en todas las plazas y las calles, donde se encontraban, a cada paso, los enfermos y moribundos. El hospital de San Lázaro que, de una particular enfermedad, destinó, en este tiempo, a la necesidad presente el celo de su prior, fray José Peláez; lo habilitó, en gran parte, de lo temporal el Padre Nicolás de Segura, prefecto entonces de la

congregación de la Purísima, y lo asistió enteramente, en lo espiritual, con algunos de sus congregantes sacerdotes y muchos de los jesuitas. En los barrios no sólo eran confesores los Padres, sino también párrocos, administrando todos los sacramentos, por facultad que había, para esto, concedido el Ilustrísimo.

Fuera necesaria una historia aparte, para referir, o las cuantiosísimas limosnas, o las acciones de heroica caridad que, entonces, se practicaron en México. Las personas más distinguidas del cabildo eclesiástico y secular, real audiencia y demás tribunales, salían, por las calles, acompañados de sus criados y pajes, a repartir el sustento, el vestido, las medicinas a los pobres, a asistir a su viático, a recoger los tristes infantes que, tal vez, desamparados, se hallaban solos en las casas, difuntos ya todos los demás moradores, a juntar en carros la multitud de cadáveres; para que, no bastando las muchas iglesias de la ciudad y sus cementanos, se abrieron largas y profundas zanjas en el de San Lázaro y otros barrios.

Se hizo muy de notar la piedad y fervor de algunas nobles señoras que, deponiendo toda la delicadeza propia de su sexo y educación, se repartían por los hospitales, singularmente, en el de Santa Catalina y Puente de la Teja, a servir personalmente a los apestados; y no menos la del ilustre conde de Santiago, don Juan de Velasco Altamirano que, en todo el tiempo de la epidemia, gobernó siempre el coche en que salía de la catedral el augustísimo sacramento, devoción en que se ha señalado siempre su nobilísima casa, y motivo piadoso que lo conducía también a visitar las humildes chozas de los enfermos y remediar sus necesidades.

¿Quién podrá referir el ardor con que los párrocos y ministros de las iglesias y todos los Ordenes religiosos, sacrificando sus vidas, se consagraron enteramente al socorro de los pobres? ¿Los espectáculos lastimosos que les quebraban el corazón, a cada paso, en la hambre, en la desnudez, en el desamparo de los miserables que, a cielo descubierto, muchas veces, y a las orillas de las acequias o confundidos los sanos con los enfermos, y los enfermos con los muertos, en pequeñísimas piezas, acababan, finalmente, todos al rigor de la fiebre; el trabajo que, para confesarlos y administrarlos, era menester, por la estrechez de la habitación o por la cualidad de los enfermos?

A pesar de tan continuas y horribles fatigas, ni del cuidado de la propia vida, ni del alimento, ni del vestido, ni del sueño, ni del descanso, parece que se acordaban los celosísimos obreros, únicamente ocupados en llevar a los graneros del cielo la mies copiosísima de que se les lle-

naban las manos. Tantos pecadores envejecidos en la maldad y en la ignorancia, muchos que jamás se habían confesado, muchísimos que, en mucho tiempo, no lo habían hecho; innumerables de confesiones nulas y sacrílegas, a quienes el desengaño, el peligro o la exhortación hacía abrir los ojos; supersticiones, errores, idolatrías, ocasiones presentes, tal vez, en el mismo lecho que era menester desarraigar; haciendas, créditos que era forzoso restituir, matrimonios inválidos, tratos inicuos que era preciso deshacer; ocupaciones todas que, tal vez, necesitan el estudio y diligencias de muchos días, y a que, por necesidad, se debía dar entonces un pronto expediente.

Entretanto, no bastando la profusión de los caudales en limosnas, las precauciones de los magistrados, ni la pericia de los médicos para atajar el contagio que, cada día, cobraba nuevas fuerzas; viéndose las plazas, las calles, las oficinas, los caminos en un triste silencio, desamparados los barrios, cerradas o solitarias las casas; se hacían, por todos los templos, rogaciones, plegarias, procesiones, novenas y todo género de piadosos obsequios, para aplacar la ira del cielo.⁶



Autor no identificado

Virgen de Loreto, siglo XVIII

Óleo sobre tela

Museo Nacional del Virreinato, INAH

México

⁶ Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, libro 10, capítulo XVIII, México, J. M. Lara, 1842.

ENMEDIO DE LA ARDIENTE Epidemia, como reza la frase que por meses transformó en una suerte de muletilla la *Gazeta de México*, y con la experiencia obtenida durante la epidemia de sarampión de finales de los setecientos veinte, la población de la ciudad de México dirigió su mirada hacia las imágenes.

A principios de enero de 1737 se trasladó en procesión a la Virgen de los Remedios a la parroquia de la Santa Veracruz, y de ahí a la catedral Metropolitana. Luego tocó el turno a la de Loreto, la cual pasó de la iglesia del Colegio de San Gregorio hasta la Profesa. En el mismo mes las imágenes de San Diego, San Antonio de Padua y la de Nuestra Señora de los Dolores presidieron otras procesiones que con el mismo fin recorrieron en silencio las calles de la ciudad capital. En febrero las imágenes del *Ecce Homo* y la de Nuestra Señora de la Bala salieron en procesión de sus recintos, en el monasterio de Regina Coeli y el Hospital de San Lázaro, la de Loreto volvió a su casa y dieron inicio solemnes deprecaciones con procesión, letanías mayores y misa en honor de las imágenes de muchos otras santas, santos y cristos. A finales de abril la muy noble ciudad de México tomó como patrona a Nuestra Señora de Guadalupe, en cuya imagen cayó la gloria del alivio. “Parece que el Ángel Exterminador no esperaba más que esta resolución para envainar la espada que había acabado tantas vidas”, según escribió Francisco Javier Alegre.

En la ciudad de México el número de difuntos pasó de cuarenta mil, según el registro de Alegre, aunque en la *Gazeta de México* de aquel año la cifra fue de treinta mil. “Los cuarenta mil sólo se ajustaron sobre un cálculo prudencial que, quizá, se hallará muy corto, sabiendo que la Puebla, ciudad mucho menos populosa de indios, donde se ajustó con más exactitud, pasaron de 50.000; y de veinte mil, en Querétaro, con los de los pueblos y haciendas vecinas”.



Paul Klee (1879-1940)
Angelus Novus, 1920
 Calca al óleo y acuarela sobre papel
 Museo de Israel, Jerusalem

EL *ANGELUS NOVUS* de Paul Klee hizo imaginar a Walter Benjamin todo un relato: el ángel que aparece en el centro de esta acuarela avanza hacia el futuro, sostiene el autor de *Calle de un solo sentido*, pero con el rostro vuelto hacia el pasado, de suerte que en su uniforme tránsito lo único que ve es ruinas. Esto viene a cuento al considerar cómo se gastan las imágenes conforme el ángel de la historia avanza en el tiempo, a la vez que de manera simultánea su espacio es ocupado por el relato, animador a su vez de nuevas imágenes. Francisco Javier Alegre, para el caso, formó una minuciosa relación de los “padres jesuitas que murieron por las fatigas y contagio que adquirieron en la peste” de finales de los setecientos treinta en Nueva España, pero del episodio no quedan sino las nuevas imágenes, esto es, las imágenes de algunas advocaciones,

como el ex voto del obraje de Miguel Prieto que pintó Carlos López. “Fueron sin duda varones dignos de la inmortalidad”, como dice Carlos María de Bustamante, “por su celo cristiano, por su saber, y porque a ellos debe la América en gran parte su ilustración y moralidad”.⁷ Se tienen sus nombres, en efecto, engarzados a relatos, los cuales se sobreponen a las imágenes y, a la postre, animan la construcción de imágenes inéditas.

DANIEL DEFOE, AL NARRAR la peste de Londres de 1665, formó simultáneamente un acervo de imágenes en torno a la vida del común de las personas de cara a un imprevisto y creciente desafío a sus vidas de parte del mal. *Memoria de la peste*, firmada con las iniciales de un improbable H. F. y por tanto un escrito de carácter apócrifo, no obstante el uso de la primera persona, aparece encartada en una gaceta con la mira puesta en un solo tema: el año de la peste en Londres de 1665. Jamás se debió traducir como Diario, a la lengua que fuera, pues tal vez hubiera sido (o sea) mucho mejor decir Gaceta, con lo que hasta el más apercebido y moderno lector dejaría de dudar si en sus páginas hay bitácora y confianza. Todo está ahí. Desde el escepticismo inicial de las personas ante las primeras señales del avance de la peste en la piel de los muertos en ciertas parroquias de la ciudad, hasta el silencio sepulcral que recorre las calles de la ciudad tan pronto se abaten los números de la tragedia. Al arte de John Dunstall se deben algunas de las imágenes más oportunas de esta misma peste. Apenas se recuerdan. En cambio, el relato de Defoe, extemporáneo como es, fijó la impotencia y desesperación humanas, el miedo, la mezquindad, el delirio de algunos o la sensatez de otros en la imaginación de artistas del siglo XVIII inglés, como como Robert Smirke y Samuel Wale. Del cuenco de la relación firmada por H. F. algunas imágenes mutaron al pasar a espacios distintos, tal y como sucediera al célebre Dr Schnabel (Doctor Pico), activo en Roma después de los seiscientos cincuenta, de mano del agudo grabador Paul Fürst.

⁷ Carlos María de Bustamante, *El Mosaico Mexicano*, 1840.



Paul Fürst (1605-1666)

Doctor Pico de Roma, 1656

Grabado en cobre

Hoja suelta

La leyenda del grabado dice: “Vestimenta para alejar la muerte en Roma, 1656. Así deambulan por Roma los doctores en medicina, al visitar a los enfermos de peste para atenderlos. Y visten, para protegerse del emponzoñamiento [infección], una gran bata de tela cubierta de cera. Su rostro está tapado; en los ojos llevan grandes lentes de vidrio; en la nariz llevan un enorme poco lleno de aromáticas especias; en sus manos, protegidas con guantes, llevan un bastón con el que indican a las personas lo que deben hacer y qué medicinas deben tomar”. Véase <https://beforenewton.blog/2014/11/03/did-plague-doctors-wear-those-masks/>.

Fuente: Eugen Holländer, *Die Karikatur und Satire in der Medizin*, 2a edición, Stuttgart, 1921.

LAS PÁGINAS DE *LOS NOVIOS* de Alessandro Manzoni salieron a la calle ciento veinte años después del libro que Daniel Defoe dedicó a la peste en Londres en 1665. Otro era el propósito de la obra de Manzoni, anclada sólidamente en su clave novelística, pero en su relato cupo acomodar un conjunto notable de imágenes para fijar la experiencia de Renzo, su personaje principal, al transitar por la

ciudad de Milán devastada por la peste de finales de los seiscientos veinte. Esto ocupa un puñado de capítulos, ya cerca del final, y fue punto de partida de inconfundibles representaciones gráficas. Ahí están los conductores de carretas colmadas de cadáveres —como en la memoria de Defoe—, los afanes de algún alma samaritana, los rumores de contagios deliberados por medio de las unturas del mal sobre los muros, los saqueos a comercios, el ataque a estatuas en la vía pública, las persecuciones, el asedio de la policía, los miles de caídos al aire libre en un hospital improvisado. El episodio de la peste en Milán desató tales furias que Manzoni omitió de *Los novios* una parte para desplegarla en otro título, *Historia de la columna infame*.



Gallo Gallina (1796-1874)

“¡A él! ¡A él! ¡Al untador!, Milán”

Litografía de Renzo en la carreta de los apestados

Alessandro Manzoni (1785-1873), *I promessi sposi*, capítulo XXXIV, 1842.

DANIEL DEFOE TERMINA el relato del doloroso año de 1665 celebrando el fin de aquella espeluznante calamidad. “El contagio desafiaba a todo remedio; la muerte hacía estragos por doquier; si las cosas hubieran continuado durante algunas semanas más, la ciudad habría quedado desnuda de todo cuanto poseía alma. Por todas partes los hombres caían en la desesperación; los corazones desfallecían de miedo. En la angustia de su alma, la gente perdía hasta el último resto de coraje, y en los rostros y en la actitud del pueblo se leía el pánico a la muerte”. En ese momento, aun habiendo un número enorme de enfermos, la cuenta semanal de muertos no solo se redujo, tuvo una “sensible caída”. El aspecto de la gente fue otro. “Habría podido advertirse en su actitud que una secreta sorpresa y una sonrisa de júbilo reinaban en el rostro de cada cual. Quienes un día antes apenas habrían querido andar por una misma acera se apretaban la mano en plena calle. En donde las calles no eran demasiado anchas las ventanas se abrían de par en par y la gente se llamaba de una casa a otra, preguntándose cómo estaban y si se habían enterado de la declinación de la peste... Tal fue la dicha del pueblo que la vida parecía salir de la tumba”. “En verdad, ya no sentíamos miedo de pasar al lado de un hombre que llevara un bonete blanco, o un trapo alrededor del cuello, o cojeando (lo que indicaba llagas en la ingle), todas cosas terribles al último grado hasta la emana anterior. La calle estaba llena de ellos, y aquellas pobres criaturas en el camino de la curación (al César lo que es del César) se mostraban sensibles a la liberación inesperada”.

Al golpe de nuestra pandemia, ante los estragos de la covid-19, la imagen devolvió calles vacías o colmadas salas de hospital, sedados, inertes cuerpos intervenidos o personal médico debajo de gafas, mascarillas, caretas, monos y batas, deudos paralizados al tacto de la urna cineraria o empleados en medio de la jornada pausada con un pie en el desempleo. Se impuso el sentido lato. Mas no por mucho tiempo. En breve salieron de los archivos imágenes de la Influenza Española o bien de brotes epidémicos de menor profundidad aunque idéntica dimensión trágica. Y en breve también la calle recuperó la vida bajo el signo de la historia, como si el momento de excepción encapsulado en una pandemia hubiera

despertado a las ciudades de un sueño pesado e irascible y de inmediato aquí y allá la multitud se lanzó contra representaciones en piedra y en bronce dispersas en un espacio público al parecer indigno de semejante nombre. Hay más de una imagen para la negación. Como hay imágenes para la cólera y el arreglo y la melancolía y la aceptación que median en la construcción de la metáfora nuestra que cada día construye un puente entre los días sin huella de la hora. Tantas. Pero los nuevos instrumentos no bastan para crear otras comunidades de sentido que las del miedo y la incertidumbre. Acaso los ojos de Defoe o el paseo con Alessandro Manzoni permiten distinguir lo más inmediato en todas las ciudades tendidas por la muerte, y a la vez intensamente vivas y tensas, menos por la rabia que por el temor a dar con un mundo distinto e irreconocible debido a la ausencia de los otros, sus otros, tus otros, los nuestros.



Antonio Saborit

Epidemia, imágenes y metáforas dio inicio en las notas que preparó el historiador Antonio Saborit (Torreón, Coah.) para una conferencia en octubre del 2020 en el ciclo “Ventana Abierta a la Palabra” organizado por la Secretaría de Cultura de Tabasco.



GOBIERNO DE
MÉXICO | **CULTURA**
SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bernal
Subsecretaria de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Adán Augusto López Hernández
Gobernador del Estado de Tabasco

Ramiro Chávez Gochicoa
Secretario de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento a la Lectura
y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura



Epidemia, imágenes y metáforas, se terminó de imprimir el 3 de diciembre de 2020. Impreso en Ya-xol, calle Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez. Col. Centro. Cárdenas, Tabasco, México. Para su composición se utilizaron tipos Garamond. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Luis Acopa y de la Dirección de Publicaciones y Literatura.



ESTER

NOVA

SARVA

ESTER

SARVA

ESTER



TABASCO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



VENTANA ABIERTA A LA PALABRA

**CUADERNOS
DEL GRIJALVA**

